

La voz de tu rostro. Una mirada distinta al espejo del alma.

Autor: Francisco Monterde

Comentarios al libro por Juan Ribas

¿Quién fue Ludwig Wittgenstein? Voy a empezar mi comentario al libro de mi buen amigo Francisco Monterde, “fardando” un poco de filosofía.

Cuando me jubilé como Profesor de Química de la Universidad de Barcelona (2013) pensé qué podía hacer que fuera interesante y que ocupara mi tiempo libre. Por aquellos años se había creado en la Universidad de Barcelona la llamada Universidad de la Experiencia (pensada para personas mayores de 55 años, sin ningún requisito para entrar, sin exámenes y sin título al terminar). Escogí la rama de Filosofía, que era la que más me recordaba la época de mi juventud y difería completamente de la Química.

Durante el primer año (2015) tuve un Profesor (muy bueno, por cierto, aunque no diga su nombre) que nos habló –y muy bien- de un tal Wittgenstein. Yo no tenía ni idea de este filósofo. Y me dio la impresión que mis compañeros tampoco. Ludwig Wittgenstein (1889 – 1951) escribió muy pocos libros. El primero, lo tituló ‘*Tractatus lógico-philosophicus*’ (sí, sí, título en latín). El libro lo escribió en alemán (Wittgenstein había nacido en Viena) pero se hizo famoso y fue casi un best-seller con su traducción inglesa, en 1922. Compré el libro en español, y encontré en la portada una fotografía de su rostro. Mi primera impresión al ver el rostro fue “O es un genio o es un loco”. Me imagino que ya empezáis a ver la relación con el libro de Monterde. Un familiar mío muy próximo, cuando vio la foto, dijo espontáneamente ¡Uy, qué miedo! ¿Exageración? Sin duda alguna.

(Por cierto podéis encontrar fotos de Wittgenstein en Google. Las hay de diversas épocas de su vida).

Yo me había preguntado ¿genio o loco? Juzgad vosotros mismos: estudió primero Ingeniería aeronáutica. Se dice que fue capaz de diseñar un motor a reacción. Estudió posteriormente Arquitectura (aún se conserva en Viena, como un monumento, la casa que construyó para una de sus hermanas). Más tarde estudió matemáticas (especialmente Lógica-matemática). Y cuando le surgió el interés por la filosofía se fue a Cambridge (UK) (hay que decir que pertenecía a una familia sumamente acomodada) para ponerse bajo la dirección de Bertrand Russell (célebre matemático y filósofo a la vez).

Tiene que ir al frente bélico en la Primera Guerra Mundial. Los italianos lo hacen prisionero y se pasa un largo tiempo en Montecasino. Según todas las biografías empezó su libro *Tractatus* en las mismas trincheras y lo acabó en Montecasino.

No tuvo una vida fácil. Era de ascendencia judía, pero su padre se convirtió al protestantismo y su madre era católica. Tres de sus hermanos (entre ellos un pianista) se suicidaron. Y mientras, él era homosexual en la sociedad puritana

de los años veinte (j). Cuando la anexión de Austria por Hitler, tuvo que huir rápidamente. Por suerte, se le concedió fácilmente la nacionalidad británica, como profesor en Cambridge.

Wittgenstein fue, simplemente un genio. Quiso abrir las cerradas aulas de Cambridge para que entrara algo de aire fresco, pero no lo logró. Se fue, no quiso seguir y pasó sus últimos años casi en solitario, escribiendo su segunda obra, que solo se pudo publicar después de su muerte (*Investigaciones filosóficas*).

Es ilustrativo considerar desde muchas perspectivas la última frase que Wittgenstein pronunció antes de morir: “*Dígame que mi vida fue maravillosa*”.

Y, resumo: al ver por vez primera su fotografía, vi que no era alguien “normal y corriente”. Era ‘algo’ más. La *Voz de su rostro* me había hablado.

Y, permitidme que siga con este “*juego de lenguaje*” (es una expresión precisamente de Wittgenstein). Cuando Monterde me pidió unas líneas de comentario a su libro, me dije. “Bien, voy a *interrogar* los rostros de los otros dos grandes filósofos del siglo XX, según lo que me han dicho en la UB: **Edmund Husserl** (1859 – 1938) y **Martin Heidegger** (1889 – 1976). No he encontrado ninguna fotografía de Husserl sin una larga barba y unos poblados bigotes. ¿Qué hay que hacer, Monterde en estos casos? Su rostro no me dice absolutamente nada. No quiero –ni puedo- opinar. ¿Y Heidegger? Sus fotos indican un hombre más bien serio, con un bigotito estilo nazi. No hay que olvidar que tuvo una ideología realmente nazi; que el partido le nombró rector de la Universidad de Friburgo en 1933, después de expulsar al anterior rector, precisamente su maestro Husserl, por ser judío. Bien es verdad, que al año siguiente, 1934 renunció al cargo porque no quería ser simplemente una marioneta de los jefes nazis. ¡No le pasó nada desagradable porque era ya demasiado conocido en todo el mundo académico!

Pero...su cara no dice nada. Es como “blanda”, “fofa”. Su gran libro “*Ser y tiempo*” es difícilísimo de leer y entender. Unos dicen que es una genialidad; otras han llegado a decir que es incluso una burla, una tomadura de pelo.

Es decir, tres grandes filósofos del siglo XX: uno, Wittgenstein, **un genio**, como ya lo indica su rostro (opinión muy personal). Otro, Husserl, menos importante históricamente, pero con un rostro tapado por la barba y el bigote. Una incógnita. Y el tercero, Heidegger, un rostro muy normal, como el del vecino de tu escalera (de ninguna manera un genio, a mi modo de ver), con una obra muy polémica, pero que no puede pasar desapercibida.

Monterde, tienes razón. Los rostros tienen voz, hablan. Y tú lo clarificas con tus magníficos dibujos y, sobre todo, con los análisis que haces de diversas figuras históricas. Desde Stalin a Franco (gracias por “mojarte” en este punto. Aquí más de uno te va a criticar). El Papa Francisco; Herbert von Karajan, incluso Messi. Creo que lo aciertas en ‘casi’ todos los casos.

Y, como subtítulo pones la frase “*Una mirada distinta al espejo del alma*”. Siempre se ha dicho –al menos yo lo he oído desde muy pequeño- que la cara

es el espejo del alma. Yo aquí querría hacer una precisión. Creo, efectivamente, que el rostro es el espejo del alma, pero tomada ésta en el sentido aristotélico, no en el sentido religioso-cristiano.

En el sentido aristotélico, alma es la llamada Forma. La teoría hilemórfica de Aristóteles nos dice que el Ser consta de sustancia y accidentes. Y la sustancia consta de Materia y Forma. La forma es como la esencia, la naturaleza. Para Aristóteles el alma desaparece con el cuerpo, con la materia. No es inmortal. Por cierto, esto creó graves problemas en el cristianismo que ha sido –y esencialmente aristotélico-tomista (desde el punto de vista filosófico; no en cuanto se acepta que es revelado).

Si dejamos de lado el aspecto religioso, porque sería moverse en un plano totalmente diferente, yo diría que el alma de Aristóteles es –en lenguaje del siglo XXI- como el carácter, aquello ‘genético’ de la persona. Aquello que lo singulariza.

Y aquí quería llegar. Si el rostro es un reflejo de esa ‘**alma**’. ¿No habrá en ella algo inamovible, algo inalterable, algo que tú describes perfectamente bien en tu libro? Esto me lleva a preguntarme, ¿dónde está la libertad? Nadie la va a negar, pero ¿está o no limitada por el carácter? Yo no tengo la respuesta, pero me inquieta. Ha habido tantas soluciones religiosas como religiones ha habido, hay y habrá en el mundo. Pero yo quería verlo, estudiarlo desde un punto de vista más racional, más filosófico.

Y ahí va mi última reflexión, tal vez aún más problemática. Yo he sido profesor de Química durante 40 años. He tratado más bien con la Química de la materia (la llamada Química Inorgánica). He tratado muy poco con la Química de la vida (la Bioquímica). Pero mi consideración final es que si el carácter (alma) de una persona depende, en gran medida, de nuestra genética, nuestra genética depende de múltiples reacciones químicas...y aquí empiezo a sentir el miedo al vacío. O sea que tal vez nuestro rostro ha surgido de reacciones químicas producidas por unos genes inmemoriales. Y el carácter viene señalado por el rostro, y detrás hay reacciones químicas. Esto es seguro. Pero, ¿hay algo más? Esto es inquietante, aun dejando de lado los aspectos espirituales o religiosos, que pertenecen a otro mundo, al que hay que respetar profundamente.

Hay que seguir con tus estudios, Monterde. Creo que son fundamentales. Creo que nos ayudarán a conocernos mejor. Creo que nos ayudarán incluso a cambiar aquello que a priori puede parecer intocable.

¿Qué nos depara la Ciencia? Mi respuesta es: lo que queramos nosotros. No hay que tener miedo a la Ciencia. Y a tu manera, tú haces ciencia.

Termino con un ejemplo de la Historia de la Química que permite trazar una línea divisoria entre el conservadurismo y el progresismo en ciencias (y tal vez en lo más ‘mundano’). Friedrich Wöhler (1800–1882) era un joven muy entusiasta y algo rebelde, que no estaba convencido de la existencia de la “fuerza vital” o “vitalismo” que –decían- permitía diferenciar y separar las moléculas orgánicas de las inorgánicas. Eran dos mundos diferentes, separados por una mentalidad

no científica sino “pseudo-religiosa” (tal vez podríamos decir metafísica). Wöhler logró sintetizar un compuesto orgánico (**la urea**, en 1832) a partir de un compuesto inorgánico, poniendo fin de esta manera a la teoría vitalista de Jacob Berzelius.

Esta sustancia, la urea, aparece en la orina humana y de muchos animales, aunque también se encuentra en algunos vegetales. Con esta síntesis, Wohler derrumbó los principales argumentos de los vitalistas, y en particular los de su profesor, que en un principio se negó a admitir el hecho científico.

Felicidades, Monterde, por tu libro. Me imagino que ha requerido mucho trabajo. Para mí, lo más importante es que abre un campo de ilimitadas perspectivas.